



## CAPÍTULO XX

### Jornadas del 5 y del 6 de octubre de 1789

**L**A Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano debía representar evidentemente para el rey y la corte un atentado imperdonable contra todas las leyes divinas y humanas. Por esa causa el rey se negó resueltamente a darle su sanción. Verdad es que, como los «decretos» del 4 al 11 de agosto, la Declaración de los Derechos no representaba más que una afirmación de principios; que tenía, como se decía entonces, «carácter constituyente», y que, como tal, no necesitaba la sanción real: el rey no tenía que hacer más que promulgarla.

Precisamente lo que se negó a hacer, bajo diversos pretextos. El 5 de octubre escribió todavía a la Asamblea para decirle que

quería ver cómo se aplicarían las máximas de la Declaración antes de que él diera su sanción (1).

Ya había opuesto, como hemos visto, la misma negativa a los decretos del 4-11 de agosto sobre la abolición de los derechos feudales, y se comprende qué arma hizo la Asamblea de esas dos negativas. «¡Cómo! ¡La Asamblea ha abolido el régimen feudal, las servidumbres personales y las humillantes prerrogativas de los señores; ha proclamado además la igualdad de todos ante la ley, y he aquí que el rey, y sobre todo los príncipes, la reina, la corte, la Polignac, los Lamballe y los demás se oponen! Si se tratara solamente de discursos, por igualitarios que fuesen, cuya circulación se impidiera... Pero no, toda la Asamblea, incluso los nobles y los obispos, se habían unido para hacer una ley favorable al pueblo y renunciar a todos los privilegios (para el pueblo, que no se pagaba de términos jurídicos, los decretos eran leyes), y ¡he aquí que una fuerza se oponía a que esas leyes entraran en vigor! El rey las hubiera aceptado: vino él a fraternizar con el pueblo de París después del 14 de julio; pero la corte, los príncipes y la reina se oponen a que la Asamblea haga la felicidad del pueblo...»

En el gran duelo empeñado entre la monarquía y la burguesía, ésta, por su política hábil y su capacidad legislativa, supo atraerse al pueblo. Como consecuencia, el pueblo se apasionaba contra los príncipes, la reina y la alta nobleza, inclinándose hacia la Asamblea, cuyos trabajos comenzaba a seguir con interés.

Al mismo tiempo, el pueblo influía en ellos en sentido democrático.

La Asamblea, por ejemplo, hubiera quizá aceptado el sistema de las dos cámaras, «a la inglesa»; pero el pueblo no lo quería a ningún precio; comprendió por instinto lo que doctos juristas han explicado muy bien después: que en revolución una segunda cámara era imposible; esa cámara sólo puede funcionar cuando la revolución se ha agotado y ha comenzado la reacción.

(1) «No me explico sobre la Declaración de los Derechos del Hombre: contiene muy buenas máximas, propias para guiar vuestros trabajos; pero hay en ellas principios susceptibles de explicaciones y hasta de interpretaciones diferentes, que no pueden ser justamente apreciados sino en el momento en que se fije su verdadero sentido por las leyes a que la Declaración sirva de base. — Firmado, LUTS.»

*También* se apasionó el pueblo contra el *veto* real, mucho más que los que tenían asiento en la Asamblea. También en esto comprendió bien el pueblo la situación, porque si en el curso normal de los asuntos, la cuestión de saber si el rey podría o no detener una decisión del Parlamento pierde

mucho de su importancia, todo lo contrario ocurre durante un período revolucionario. No es que el poder real se haga con el tiempo menos ofensivo, sino que en época normal un parlamento, órgano de los privilegiados, no vota generalmente nada que el rey tenga necesidad de detener con su veto en interés de los privilegiados; en tanto que en época revolucionaria los acuerdos de un parlamento, influidos por el espíritu popular, tenderán siempre a realizar la destrucción de antiguos privilegios, y, por consecuencia,

hallarán necesariamente la oposición del rey, quien usará de su *veto*, si tiene el derecho y la fuerza para hacerlo, que es lo que sucedió, en efecto, con los decretos de agosto y hasta con la Declaración de los Derechos.

A pesar de todo, había en la Asamblea un partido numeroso que quería el *veto* absoluto, es decir, que quería dar al rey la posibilidad



LA PRINCESA DE LAMBALLE

de impedir legalmente toda medida seriamente reformista. Después de largos debates se llegó a un arreglo: la Asamblea negó el *veto absoluto*, pero aceptó, contra el voto del pueblo, el *veto suspensivo*, que permitía al rey *suspender* un decreto por cierto tiempo *sin anularle*.

A cien años de distancia, el historiador se inclina necesariamente a idealizar la Asamblea y a representársela como un cuerpo dispuesto a luchar por la Revolución; sin embargo, ha de rebajarse algo si se quiere permanecer en la realidad. El hecho es que hasta en sus representantes más avanzados, la Asamblea se hallaba muy inferior a las necesidades del momento. Debía sentir su impotencia; no era en manera alguna homogénea: contenía más de trescientos diputados, cuatrocientos según otras evaluaciones; es decir, más de una tercera parte enteramente dispuestos a pactar con la monarquía, y además, sin hablar de los vendidos a la corte — había algunos —, ¡cuántos temían mucho más a la revolución que a la arbitrariedad real! Pero se estaba en revolución, y había, además de la presión directa del pueblo y el temor a su ira, esa atmósfera intelectual que domina a los timoratos y obliga a los prudentes a seguir a los más avanzados; pero sobre todo el pueblo conservaba siempre su actitud amenazadora, y el recuerdo de De Launey, de Foulon y de Bertier permanecía todavía fresco en la memoria de todos. Hasta se hablaba en los suburbios de París de asesinar los miembros de la Asamblea que se suponía relacionados con la corte.

Entretanto, la escasez en París era cada vez más terrible. Se estaba en septiembre; acababa de recogerse la cosecha, y, sin embargo, faltaba el pan. Se hacía cola a la puerta de las tahonas, y después de horas de espera los pobres solían irse sin pan; faltaban las harinas, y a pesar de las compras de granos hechas en el extranjero por el gobierno, y las primas concedidas a los que llevaban trigo a París, faltaba el pan en la capital, como en todas las grandes ciudades y hasta en las pequeñas poblaciones de los contornos de París. Las medidas de abastecimiento eran insuficientes, y además el fraude paralizaba lo poco que se hacía. Todo el antiguo régimen, todo el Estado centralizado que había crecido desde el siglo XVI, aparecía

en esta cuestión del pan. En las altas esferas, el refinamiento del lujo había alcanzado sus límites extremos; pero la masa del pueblo, tiranizada y esclavizada, había llegado a no poder producir ya su sustento sobre el rico suelo y el excelente clima de Francia.

Además, circulaban las más terribles acusaciones contra los príncipes de la familia real y los personajes más elevados de la corte, quienes, según se decía, habían renovado el pacto del hambre y especulaban sobre el alza de los trigos; rumores harto bien fundados y verdaderos, como se supo después por los papeles de Luis XVI encontrados en las Tullerías.

Por último, sobre el reino estaba suspendida la amenaza de la bancarota. Las deudas del Estado pedían un pago inmediato de los intereses, pero los gastos aumentaban, y el tesoro estaba vacío! En revolución no



MODA DE LA ÉPOCA

se osa ya recurrir a los medios abominables de que se servía el antiguo régimen para cubrir los impuestos, apoderándose de todo en la casa del campesino; y éste, por su parte, esperando una repartición más justa de los impuestos, no paga; mientras que el rico, que odia la revolución, se abstiene, con secreta alegría, de pagar. Necker, vuelto al ministerio el 17 de julio de 1789, se ingenió mucho para evitar la bancarrota, pero no halló los medios que buscaba. En efecto, bien se vió que sería necesario recurrir a un empréstito forzoso sobre los ricos o echar mano a los bienes del clero, y la

burguesía se resignó al empleo de esas medidas, ya que había prestado su dinero al Estado y de ningún modo quería perderlo en una bancarrota. Pero ¿aceptarían jamás la corte y el alto clero ese secuestro de sus propiedades por el Estado?

Un sentimiento extraño surgió durante los meses de agosto y septiembre de 1789. He ahí realizada la esperanza de tantos años: la Asamblea Nacional ejercitando el poder legislativo; una Asamblea que — como ya lo había probado — se había penetrado de espíritu democrático, reformador, y se hallaba reducida a la impotencia, al ridículo de la impotencia. Haría decretos para hacer frente a la bancarrota; pero el rey, la corte y los príncipes, como si fueran unos aparecidos con fuerza todavía para estriangular la representación del pueblo francés, paralizar su voluntad y prolongar al infinito lo provisional, le negarían la sanción.

Más aún: aquellos aparecidos preparaban un gran golpe. Formaban en derredor del rey planes para su evasión. Pronto se trasladaría el rey a Rambouillet, a Orleans; o iría a ponerse a la cabeza de los ejércitos al oeste de Versalles, y desde allí amenazaría a Versalles y París. O si no, huiría hacia la frontera del Este y allí esperaría la llegada de los ejércitos alemanes y austriacos que los emigrados le prometían. Toda clase de influencias se entrecruzaban así en palacio: la del duque de Orleans, que ambicionaba apoderarse del trono después de la partida de Luis; la de «Monsieur», el hermano del rey, que se hubiera alegrado de que su hermano, lo mismo que María Antonieta, a la que odiaba personalmente, hubieran desaparecido.

Desde el mes de septiembre la corte meditaba una evasión, pero si se discutían todos los planes no se osaba la adopción de ninguno. Es muy posible que Luis XVI, y principalmente su mujer, aspirasen a rehacer la historia de Carlos I, e intentaran un combate en regla al Parlamento, aunque con mejor éxito. La historia del rey inglés les preocupaba: hasta se asegura que el único libro que Luis XVI se hizo traer de su biblioteca de Versalles a París, después del 6 de octubre, fué la historia de Carlos I. Esta historia les fascinaba; pero la leían, como leen los presos una novela policíaca, sin aprovechar

ninguna enseñanza sobre la necesidad de ceder a tiempo, diciendo únicamente: «—Aquí se hubiera debido resistir; allá hubiera conve- nido la astucia; más allá era preciso atreverse.» ¿No es así como el zar ruso lee actualmente la historia de Luis XVI y la de Carlos I?... Y hacían planes que ni ellos mismos ni cuantos les rodeaban tenían el atrevimiento de poner en ejecución.

La Revolución les fascinaba por su parte: veían el monstruo que iba a devorarles, y no osaban someterse sin resistir. París, que se



EL REY PASA REVISTA A LA GUARDIA NACIONAL, EN LOS CAMPOS ELÍSEOS  
EL 18 DE OCTUBRE DE 1789

preparaba ya a marchar sobre Versalles, les inspiraba terror y paralizaba sus fuerzas. ¿Y si la tropa aflojaba en el momento supremo de la lucha? ¿Y si los jefes traicionaban al rey, como tantos otros lo habían hecho ya? ¿Qué remedio quedaba entonces más que participar de la suerte de Carlos I?

Conspiraban, sin embargo. Ni el rey, ni los que le rodeaban, ni las clases privilegiadas podían comprender que el tiempo de los convenios había pasado ya; que era preciso someterse francamente a la fuerza nueva y ponerse bajo su protección, porque la Asamblea no deseaba más que conceder su protección al rey. En lugar de hacerlo

así, conspiraban, y de esta manera, a miembros muy moderados de la Asamblea les impulsaban a la contra-conspiración, a la acción revolucionaria. He ahí por qué Mirabeau y otros, que hubieran trabajado de buen grado por el establecimiento de una monarquía modestamente constitucional, se adhirieron a la opinión de los grupos avanzados. He ahí por qué se vió a moderados como Duport constituir «la confederación de los clubs», que permitió tener al pueblo de París a la expectativa, porque se presentía que pronto se tendría necesidad de él.

La marcha a Versalles no fué tan espontánea como se ha dicho. Hasta en revolución, todo movimiento popular ha de ser preparado por hombres del pueblo, y tiene sus precursores en tentativas abortadas. Ya el 30 de agosto, el marqués de Saint-Huruge, uno de los oradores populares del Palais-Royal, había querido ir con 1.500 hombres a Versalles para pedir la destitución de los diputados «ignorantes, corrompidos y sospechosos» que defendían el *veto* suspensivo del rey. Esperando, se les amenazaba con incendiar sus viviendas y se les advertía que a tal efecto se habían enviado dos mil cartas a provincias. Esa agrupación fué dispersada, pero la idea continuó discutiéndose.

El 31 de agosto el Palais-Royal envió al Hôtel de Ville cinco diputaciones, una de ellas conducida por el republicano Loustalot, para comprometer al municipio de París a ejercer presión sobre la Asamblea e impedir la aceptación del *veto* real. Los que formaban parte de esas diputaciones llegaron, unos hasta a amenazar a los diputados, otros hasta implorarles. En Versalles la multitud, llorando, suplicaba a Mirabeau abandonara el *veto* absoluto, haciendo esta justísima observación: «—Si el rey tuviera ese derecho no habría necesidad de Asamblea.» (Buche y Roux, p. 368 y siguientes; Bailly, II, 326, 341.)

Entonces surgiría la idea de que sería bueno tener la Asamblea y el rey a la mano, en París. En efecto, desde los primeros días de septiembre se hablaba ya públicamente en el Palais-Royal de traer al rey «y al señor delfín» a París, y para ello se excitaba a todos los buenos ciudadanos a ir a Versalles. El *Mercurio de Francia* hacía

mención de ello en su número del 5 de septiembre, p. 84, y Mirabeau habló de mujeres que irían a Versalles quince días antes del suceso.

La comida de los guardias el 3 de octubre y los complots de la corte precipitaron los acontecimientos. Todo hacía presentir el golpe que se proponía dar la reacción. La reacción levantaba la cabeza; el Consejo municipal de París, esencialmente burgués, se enardecía en la vía reaccionaria. Los realistas organizaban sus fuerzas sin ocultarse demasiado. El camino de Versalles a Metz estaba guarnecido



ORGÍA DE LOS GUARDIAS DE CORPS  
EN QUE SE ENSALZÓ LA ESCARAPELA BLANCA Y SE PISOTEÓ LA TRICOLOR

de tropas, y se hablaba en alta voz de tomar al rey y de dirigirle a Metz por la Champagne o por Verdum. El marqués de Bouillé, que mandaba las tropas del Este, De Breteuil y De Mercy eran del complot, de cuya dirección se había encargado Breteuil. Se acababa con tal objeto todo el dinero posible, y se hablaba ya del 5 de octubre como de la fecha probable del golpe de Estado. El rey partiría aquel día para Metz, donde se colocaría en medio del ejército del marqués de Bouillé, y desde allí llamaría cerca de él a la nobleza y a las tropas que le habían quedado fieles, y declararía rebelde a la Asamblea.

En previsión de este movimiento, se había doblado en el palacio de Versalles el número de los guardias de corps (jóvenes de la aristocracia) dedicados a la guardia del palacio, y se había hecho venir el regimiento de Flandes y el de dragones. El 1.º de octubre se dió una gran fiesta por los guardias de corps al regimiento de Flandes, a la que fueron invitados los oficiales de los dragones y de los suizos de guarnición en Versalles.

Durante la comida, María Antonieta y las damas de la corte, y también el rey, hicieron cuanto pudieron para excitar el entusiasmo realista de los oficiales. Las damas distribuyeron por sí mismas las escarapelas blancas, y la escarapela nacional fué pisoteada. Dos días después, el 3 de octubre, tuvo lugar una fiesta del mismo género.

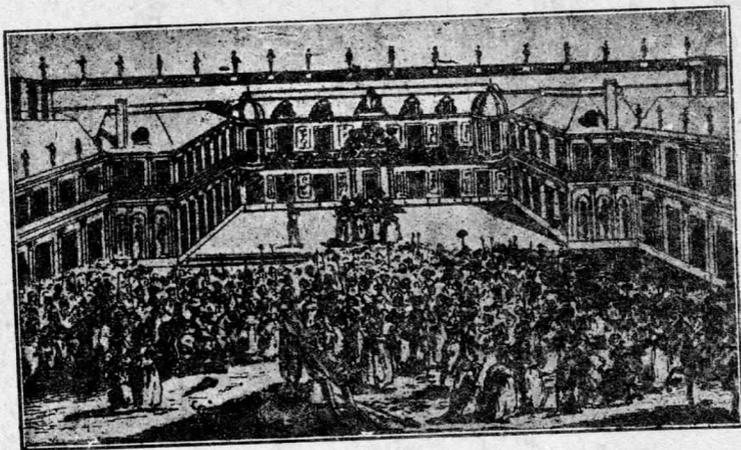
Esas fiestas precipitaron los acontecimientos. La noticia llegó pronto a París, aumentada quizá en el camino, y el pueblo comprendió que si no marchaba en seguida sobre Versalles, Versalles marcharía sobre París.

La corte preparaba evidentemente un gran golpe. Alejado el rey y recogido en cualquier parte entre sus tropas, podía fácilmente disolver la Asamblea, u obligarla a reconstituir los tres órdenes, es decir, volver a la situación anterior a la sesión real del 23 de junio. ¿No había en la misma Asamblea un partido, fuerte de 300 a 400 miembros, cuyos jefes habían tenido ya conciliábulos en casa de Malouet para transportar la Asamblea a Tours, lejos del pueblo revolucionario de París? Pero si el plan de la corte triunfaba, era necesario comenzar de nuevo. Los frutos del 14 de julio eran perdidos; perdidos los resultados del levantamiento de los campesinos, del pánico del 4 de agosto...

¿Qué había de hacerse para impedir tal desastre? — ¡*Sublevar al pueblo!* ¡*No había más remedio!* Y esa fué la gloria de los revolucionarios, colocados hasta entonces a la expectativa: comprendieron esta verdad, que generalmente asustaba a los revolucionarios burgueses. A sublevar al pueblo, a la masa sombría y miserable del pueblo de París, se dedicaron con pasión el 4 de octubre los revolucionarios. Danton, Marat y Loustalot, cuyos nombres ya hemos mencionado, fueron entonces los más ardientes empeñados en esta

tarea. No se combate un ejército con un puñado de conspiradores; no se puede vencer la reacción con una partida de hombres, por determinados que sean. A un ejército ha de oponerse un ejército; o, a falta de ejército, el pueblo, todo el pueblo, los centenares de miles de hombres, mujeres y niños de una ciudad. Ellos solos pueden vencer ellos solos han vencido ejércitos, *desmoralizándolos*, paralizando su fuerza salvaje.

El 5 de octubre estallaba en París la insurrección a los gritos de: *¡Pan! ¡Pan!* El redoble del tambor, batido por una muchacha, sirvió



EL 5 DE OCTUBRE EN VERSAILLES  
LAS MUJERES DE PARÍS OBLIGAN AL REY A VOLVER A LA CAPITAL

de signo de unión para las mujeres. Pronto se formó una tropa de mujeres que se dirigió al Hôtel de Ville, forzó las puertas de la Casa común pidiendo pan y armas, y, como ya se hablaba hacía días, el grito *¡A Versailles!* unió a todo el pueblo. Maillard, conocido en París desde el 14 de julio por la parte que tomó en el asalto de la Bastilla, fué reconocido como jefe de la columna, y las mujeres emprendieron la marcha.

Mil ideas diversas se cruzarían seguramente en sus cabezas, mas el pan debía ser la idea dominante. En Versailles se conspiraba contra la felicidad del pueblo; allá se hacía el pacto del hambre; allá se impe-

día la abolición de los derechos feudales; pues a Versalles marchaban las mujeres.

Es muy probable que en la masa del pueblo, el rey, como todos los reyes, estuviera representado como un ser bonachón que quería el bien del pueblo. El prestigio real estaba profundamente arraigado en la mentalidad popular; pero ya en 1789 se odiaba a la reina. Las palabras que se le dedicaban eran terribles. «—¿Dónde está esa sucia pícara? — ¡Mira la mala p...! — Se le ha de echar mano y cortarle el cuello», se decían las mujeres, y admira la energía, hasta el placer, puede decirse, con que la información del Chatelet exponía esas palabras. Aquí el pueblo tenía también mil veces razón. Si el rey, al saber el fiasco de la sesión regia del 23 de junio, dijo, empleando una interjección callejera: «—¡Que se queden!», María Antonieta quedó por ello resentidísima y recibió con supremo desdén al rey «pechero» que se presentó con la escarapela tricolor a la vuelta de su visita a París el 17 de julio. Desde entonces la reina fué el centro de todos los complots. La correspondencia que sostuvo después con Fersen para atraer el extranjero a París, se originó en aquel momento. Durante aquella misma noche del 5 de octubre, cuando las mujeres invadieron el palacio, dice la muy reaccionaria Mme. Campan, que la reina recibió a Fersen en su alcoba.

El pueblo sabía todo eso, en parte por los mismos criados del palacio, y la multitud, el espíritu colectivo del pueblo de París comprendió lo que los individuos fueron tan lentos en comprender: que María Antonieta iría lejos en sus odios; que, para impedir todas esas conspiraciones, era preciso tener al rey y su familia, lo mismo que la Asamblea, bajo la mirada del pueblo.

En los primeros momentos de su entrada en Versalles, las mujeres, cansadas y hambrientas, empapadas por la lluvia incesante, se limitaron a pedir pan. Cuando invadieron la Asamblea, cayeron de fatiga sobre los bancos de los diputados; pero con sólo su presencia, aquellas mujeres obtuvieron una primera victoria. La Asamblea la aprovechó para obtener del rey la sanción de la Declaración de los Derechos del Hombre.

Detrás de las mujeres, los hombres marcharon también, y entonces, a las siete de la tarde, para evitar cualquier desgracia que pudiera ocurrir en palacio, Lafayette partió para Versalles a la cabeza de la guardia nacional.

El espanto se apoderó de la corte. ¡Pensó que todo París revolucionado marchaba contra el palacio! La corte celebró consejo, pero sin adoptar decisión alguna respecto a su situación.

Sin embargo, se prepararon los coches para hacer marchar al rey y su familia, y como fueron vistos por un piquete de la guardia nacional, se les obligó a volver a la cochera.

La llegada de la guardia nacional burguesa, los esfuerzos de Lafayette, y sobre todo quizá un fuerte chaparrón, hicieron que la multitud que llenaba la Asamblea, las inmediaciones de palacio y las calles de Versalles se apaciguara poco a poco; mas a las cinco o las seis de la mañana, unos hombres y unas mujeres del pueblo, sin escuchar a nadie, hallaron una verja abierta que les permitió la entrada en palacio. En pocos minutos descubrieron la alcoba de la reina, quien apenas tuvo tiempo de escapar dirigiéndose a las habitaciones del rey, salvándose de una muerte cierta. Los guardias de corps corrieron el mismo peligro, cuando acudió Lafayette a caballo, en el momento preciso para salvarlos.

La invasión del palacio por el pueblo fué un golpe mortal para la monarquía moribunda. Por más que Lafayette logró que se aplaudiera al rey cuando se presentó en un balcón, y que hasta pudo arrancar a la multitud un aplauso para la reina, a quien hizo que se presentara en el balcón con su hijo y que éste besara respetuosamente la mano de aquella a quien pronto llamó el pueblo «la Médicis»... todo eso no era más que un pequeño efecto teatral. El pueblo había comprendido su fuerza, y usó en seguida de su victoria para obligar al rey a ponerse en camino hacia París. La burguesía hizo toda clase de escenas de efecto a propósito de ese regreso a la capital, mas el pueblo comprendió que *el rey quedaba hecho su prisionero*, y Luis XVI, al entrar en las Tullerías, abandonadas desde el reinado de Luis XIV, no se hacía ilusiones. «— ¡Que cada uno se aloje como quiera!» fué su res-

puesta, y mandó que de su biblioteca le trajeran... la historia de Carlos I.

La gran monarquía de Versalles había llegado a su término. A partir de aquel momento podría haber reyes burgueses, o emperadores llegados fraudulentamente al trono... El reinado de los reyes por la gracia de Dios tocaba a su fin.

Una vez más, como en el 14 de julio, *el pueblo*, por su masa y por su acción heroica, dió un tremendo golpe al antiguo régimen. La Revolución había dado un salto adelante.

